

sobre el mismo tema, no tuvo mas remedio que repetir los argumentos que ha hecho diferentes veces.

Todavía se anuncia que, antes de la clausura de las Cortes, el señor Gamazo se propone dar otra arremetida al señor Navarro Reverter, que ha venido á ser la cabeza de turco de la situacion.

El señor Bosch y Puig ha tomado muy á mal que el ministro de la Gobernacion levantara la suspension impuesta por el gobernador de Barcelona á cinco concejales de Mataró. Si esplana la interpelacion que tiene anunciada, veremos las razones en que se funda.—E. Z.

Madrid 25 de agosto.

UN LIBRO DE SOCIOLOGÍA.

El libro del señor Sanz y Escartin *El Individuo y la reforma social* es un libro de sociología conservadora en el sentido de que es principalmente una obra de divulgacion y propaganda contra las corrientes colectivistas y revolucionarias que intentan dominar el actual movimiento social.

Tres años hace que el señor Sanz Escartin publicó una primera parte de la obra que hoy completa con este libro de que hablamos. Titulábase aquella primera parte *El Estado y la reforma social* y en él esplicaba la mision del Estado en la moderna evolucion de las sociedades. En el libro que ahora ha publicado trata de la mision del individuo; y creemos que plantea perfectamente el asunto cuando dice que la cuestion social es, ante todo, una cuestion moral.

Realmente, aun cuando dicha cuestion suele presentarse con las esterioridades de una reivindicacion económica de las clases obreras, lo cierto es que, si en el fondo no hubiera una cuestion moral, la reivindicacion económica no tendria gran importancia. Siempre ha habido y siempre habrá pobres que quieren ser ricos, y ricos que dominan á los pobres; pero esto no implica gran trascendencia social sino cuando, como ahora, el espíritu de rebelion se levanta desenfrenado en las clases bajas, y el egoismo es frio y escéptico, sin vigor y sin impulsos ideales en las clases altas.

Esta cuestion moral es la que trata el señor Sanz Escartin en su último libro, concretándola á una moral puramente terrena, es decir, desligándola de toda religion positiva, de todo dogma definido. Por esto su libro resulta vago y poco eficaz para las clases proletarias, á pesar de que precisamente á ellas presta especial atencion.

Enamorado de las virtudes y energías de la raza anglo-sajona, presenta los obreros ingleses y norte-americanos como modelo que deben imitar nuestros obreros meridionales para conseguir con seriedad y sin turbulencias ni revoluciones el respeto y bienestar que aquéllos logran con su espíritu de asociacion fuerte, su ilustracion, su *self-control*, esto es, el dominio de sí mismos.

Tambien á la mesocracia española le pone delante de los ojos la burguesía inglesa, que trabaja, no como la nuestra con el mezquino ideal de hacer una fortuna y retirarse luego á su egoista y pobre disfrute en el descanso y el ocio, sino que trabaja por trabajar, por emplear su actividad, su exuberancia de vida individual que se convierte en solidaridad social, en prosperidad y orgullo de su patria y de su raza.

Todas estas reflexiones que el señor Sanz Escartin hace á los pobres y á los ricos españoles causan cierta tristeza. Indudablemente la civilizacion anglo-sajona es una gran cosa, y seria una hermosa ilusion y un gran estímulo el esperar poder acercarnos al admirado modelo. Pero el mismo señor Sanz Escartin nos mata en flor aquella ilusion, ó al menos nos la deja muy malparada cuando, despues de recordar los antecedentes históricos que hicieron de España un glorioso pueblo de aventureros, ineptos para participar de la moderna cultura, añade: «Esos tipos, del mendigo español que recibe la limosna con aire de caballero, y del hidalgo que vive en la ociosidad y en la miseria porque se creeria rebajado con el trabajo, son verdaderas representaciones de grandes y tristes caracteres nacionales. La aversion al esfuerzo sostenido y perseverante, la idea de superioridad que se atribuye á la vida ociosa, por mezquina que sea, han echado hon-

das raíces en ciertas regiones de España. Agréguese á esto la admiracion y simpatía con que se ve á todo el que gasta y dilapida estérilmente su fortuna, la especie de desden con que se mira todo lo que es prevision, órden y trabajo propio, y se tendrá explicado el estado de atraso intelectual y material en que por desgracia se encuentra nuestro país.»

Y luego narra el siguiente hecho presenciado por él en Madrid: En una tertulia de gentes acomodadas se hablaba de un jóven que, merced á sus estudios y á sus méritos, habia conseguido por oposicion un cargo honroso.—«No será gran cosa ese jóven—dice que exclamó desdeñosamente una señora—pues de otro modo hubiera tenido quien lo colocara sin tomarse tanto trabajo.»

La sociedad, que hablaba por boca de esta señora, está tan léjos de comprender y practicar la vida á la inglesa, que creemos que hay motivos para desmayar en la empresa de acercarla á aquella civilizacion, y hasta dudamos mucho de que valga la pena de intentarlo.

Bien nos dice el señor Sanz Escartin que parece iniciarse una gran reaccion en España; que «la cultura positiva se estiende cada dia desde nuestras comarcas industriales y contrarresta el pernicioso idealismo del Centro y del Mediodía»; que «van cayendo en descrédito los retóricos, y aumenta el favor á los elementos reflexivos y prácticos...»; y que todo esto y otras cosas «hacen concebir la esperanza de que España reparará su secular desviacion de los caminos que la razon y la historia le señalan...» Nosotros quisiéramos ver algo de esto, pero precisamente en las horas de prueba por que España está pasando vemos todo lo contrario.

Aparte de ello, el señor Sanz Escartin está muy feliz en sus ataques contra el colectivismo. Muy á punto trae la cita de Aristóteles de que «lo supérfluo y no lo necesario es causa de los grandes crímenes»; con gran lucidez defiende el derecho de propiedad, y señala la necesidad de las aristocracias y su elevada mision en la vida social; muestra la vida efímera é infecunda de la colectivista Esparta al lado del esplendor inmortal de la libre Atenas, así como el desdichado ensayo de comunismo iniciado á mediados de este siglo por el gobernador de Argelia general Bugeaud. Asimismo justifica el capital, explica la manera de hacer eficaz la beneficencia por la asociacion, alienta á las clases obreras enseñándoles las ventajas que han obtenido en tiempo relativamente corto (aunque hay que confesar que les ha ayudado á obtenerlas mas el miedo que han infundido que el *self control* que han demostrado), pondera los beneficios de la asociacion, de la organizacion libre y fecunda y de la ilustracion generalmente difundida, y de todo ello deduce que con un poco de buena voluntad y estímulo en los individuos y otro poco de tutela en lo menester por parte del Estado, la cuestion social nada tiene de pavorosa y puede ir evolucionando pacíficamente sin grandes sacudidas hácia un bienestar social mas positivo y mas humano que el utópico y anti-natural del mecanismo colectivista.

Algo más allá de la mitad del libro empieza el autor á tratar en sendos capítulos la ciencia, la enseñanza, la moral, la religion, el arte, el derecho y la llamada cuestion de la mujer. Tenemos por una temeridad tratar de estas cosas tan honradas en capítulos de á veinte páginas para cada una: temeridad disculpable en el señor Sanz Escartin por su deseo de abarcar todas las fases y actividades del individuo social en un libro que, por otra parte, no parece aspirar á ser mas que una obra de mera divulgacion. Pero en nosotros sí que sería temeridad indisculpable y hasta tendria algo de candidez pretender analizar y criticar cada uno de estos capítulos como no sea con dos palabras sobre su tendencia general. Así nos limitaremos á indicar que el señor Sanz Escartin nos parece adorador demasiado fervoroso de la razon y la ciencia; que lo encontramos sumamente acertado y brioso en su crítica sobre la enseñanza (uno de los mejores capítulos de su libro); que su tratado de la moral es bastante vago, y mas todavía el de la religion, inaceptable así para un católico ortodoxo como para los que esperan algo indefinible; que tanto la religion como el arte están tomados en este libro desde un punto de vista demasiado social, siendo cosas que tan adentro están en el santuario del individuo; que á su capítulo del derecho le falta precision y relieve, reconociendo no obstante que son excelentes los párrafos de crítica sobre derecho político; y finalmente que en cuanto al «pleito de la mujer» va demasiado allá en punto á capacitacion del sexo femenino.

Es, en suma, la obra del señor Sanz Escartín un libro de divulgación y propaganda sociológica muy estimable, que revela gran vocación, mucho estudio, y una fe y un optimismo muy plausibles y que ojalá sean también comunicativos y capaces de sugestionar á todos los españoles que saben leer... lo que se llama saber leer.

J. MARAGALL.

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA.

Madrid 26 de agosto.

Los hechos van demostrando poco á poco que no estaba descaminado al negar la posibilidad de la disolución oficial del partido liberal á consecuencia de las últimas declaraciones del jefe señor Sagasta, desautorizando implícitamente la conducta de aquellos correligionarios suyos que se oponían enérgicamente y por todos los medios reglamentarios, dentro de las Cámaras, á la aprobación de los proyectos de ley que el gobierno consideraba indispensables para obtener recursos con que hacer frente á las necesidades de la campaña de Cuba, pues ya ayer mismo el señor Montero Ríos, comprendiendo sin duda que había ido demasiado lejos en las manifestaciones que hizo el día anterior en los pasillos del Senado, convocó á los que más se han distinguido por su oposición al proyecto de auxilios á los ferro-carriles para una reunión, en la cual leyó una carta que el señor Sagasta le ha escrito sobre este asunto, explicando sus ideas, y aunque el documento nada nuevo agrega á lo que ya es conocido del público, las razones que después agregó el ex-presidente de la Cámara, debieron estimarse por los reunidos como de verdadera importancia, cuando al separarse cesaron como por encanto los rumores de ruptura inminente de la aparente unidad en que han vivido los liberales, estimándose como causa de semejante cambio el hecho de que el gobierno renunciaba por ahora al proyecto de ferro-carriles, pues el señor Cánovas quería evitar á toda costa que el partido liberal se disolviera por esta causa, y así, quedando la aprobación, á la que por cierto no se renuncia, para más adelante, se daba tiempo para convenir durante el interregno parlamentario una fórmula de arreglo que permitiera al señor Sagasta salvar las grandes dificultades creadas por el antagonismo de los que en sus filas militan. Puede, por tanto, á mi juicio, darse por conjurado el conflicto de momento, pero dudo mucho que el estado de cosas, dado el excesivo desarrollo que con la ausencia de toda dirección han tomado algunas iniciativas individuales en el seno de las minorías liberales de ambas Cámaras, se perpetúe como desearían los amigos del señor Sagasta en primer término y después el país, que nada va ganando con los trastornos é innovaciones políticas, por la sencilla razón de que al reunirse las Cortes se pondrán nuevamente en contacto los mismos elementos que mantienen viva la discordia y entonces ya será algo más difícil imponer á los discólos la necesaria disciplina, todo esto contando con que los sucesos que aquí puedan desarrollarse permitan pensar en estas cosas, que, en un período de vida normal, serían motivo de seria preocupación.

Causan impresión relativamente lisonjera las noticias de la entusiasta despedida que las principales poblaciones de España han hecho á las tropas que constituyen la expedición que marcha á la isla de Cuba, palpitando en todas estas manifestaciones el deseo y la esperanza de que con este refuerzo y con el que se enviará el mes próximo, podrá dominarse el movimiento insurreccional, pues según cálculo de personas competentes en el año y medio que llevamos de guerra han salido de los puertos de la Península con rumbo á la gran Antilla por diferentes conceptos, doscientos veinticinco mil hombres, que hubieran sobrado, á no tratarse de un levantamiento nacional, para destruir todas las partidas en armas que recorren la isla. Desgraciadamente las impresiones sobre la situación de aquel país y marcha general de la campaña, distan mucho de ser satisfactorias, viniendo á corroborarlas las manifestaciones del general Ochoa, que acaba de desempeñar el cargo de jefe de Estado Mayor de aquel ejército de operaciones, y que á vuelta de muchos estudiados elogios á la conducta del general en jefe dice en sustancia que la situación allí creada es muy mala y que se necesitarán nuevos refuerzos á más de los que ahora se envían para terminar la campaña.